**Te ofrezco un taquito de queso**

María Soledad González

Donde el sol nunca descansa, donde la tierra es colorada, y donde los nopales crecen en abundancia es donde Esperanza Ruvalcaba vivió toda su vida. Esperanza creció dentro de una familia bastante humilde. La familia Ruvalcaba era tan humilde que lo único que ajustaba para alimentarse eran frijoles, tortillas y leche. Aunque ella fue bastante humilde, su carácter la convirtió en una mujer poderosa y deseable. Ella quería lo mejor para todo el mundo, no toleraba la envidia y siempre fue una mujer trabajadora. Su sangre española mixteada con sangre zacatecana le brindó un rostro hermoso. Su piel era güera como la de sus ancestros españoles, mientras que el color de sus ojos era un color café intenso y misterioso, tal como los ojos de sus ancestros indígenas. Además de tener las características físicas de sus ancestros, también era una gran cocinera como ellos. Debido a esas características que ella poseía, Esperanza era una mujer deseable, pero ningún hombre logró conquistarla, aunque le ofrecieran bajarle la luna y las estrellas. Todos pensaban que el destino de esta mujer estaba escrito para ser ordinario y ella incluso pensó lo mismo. Sin embargo, tan solo con una mirada al año 1950, puede verse que su suerte cambió.

 Un día, mientras que Esperanza estaba recogiendo leña para poder hacer la cena, sintió una mirada penetrante caer sobre su ser. Cuando se volteó para ver quien la miraba con esa profunda curiosidad, se encontró a Don Francisco González. Francisco era un hombre guapo, trabajador y bastante rico. Él podía conquistar a cualquier mujer que quisiera y tenía una reputación de ser mujeriego. Cuando Esperanza lo vio no le hizo caso y continuó con su obra. Cuando ya tenía la leña que necesitaba, tomó rumbo hacia a su casa humilde. Don Francisco no trató de seguirla. Se quedó sin palabras. Esperanza era la mujer más bella que había visto. En ese momento, le pidió a Dios que le concediera a esa mujer para que fuera su esposa.

 Cuando Esperanza llegó a casa, encendió una llama y empezó a preparar la cena. Preparó frijoles de olla y batió masa para hacer tortillas. Los productos de su jardín le permitieron hacer un chile de molcajete. Para hacer su chile de molcajete nomás ajustó echarle un solo tomate, poco tomatillo, un trozo de cebolla y un chile de árbol. Aunque era una cena sencilla y humilde, el aroma que emitía al aire era inexplicable. Esperanza quedó fascinada con su cena y decidió sacar un pequeño pedazo de queso para acompañar la comida. Para ella, tener un pedazo de queso era un lujo.

 Mientras que sus hermanos y hermanas comían, ella permaneció parada calentando tortillas sobre el comal. De repente, se escuchó un caballo trotando afuera en el patio. Cuando se asomó, vio a un hombre, vestido con botas y un sombrero elegante, acompañado de un caballo hermoso. Salió el hermano de Esperanza, Jesús, y le preguntó al hombre qué se le ofrecía. El hombre resultó ser Don Francisco González y venía con una cara radiante. Le dijo a Jesús que iba con la intención de pedirle a Esperanza que fuera su novia. Jesús sabía que si Esperanza fuera novia de Don Francisco, ya no sufrirían de la pobreza. Inmediatamente, Jesús le pidió a Don Francisco un minuto y fue corriendo hacia Esperanza para decirle la noticia. Esperanza automáticamente dijo que ella ni loca pensaba ser novia de un mujeriego, ni por todo el dinero del mundo. Jesús le exigió y como era el hombre de la casa, ella tuvo que obedecer.

 Esperanza salió titubeantemente y empezó a sentirse insegura de su vestuario. Tenía puesto unos huaraches viejos con un vestido que apenas aparentaba su color original, un color azul cielo, debido a lo viejo que estaba. Esperanza se acercó a Don Francisco y extendió su mano para saludarlo. Don Francisco le tomó la mano cuidadosamente y hasta parecía estar un poco nervioso. A Esperanza le dio ternura ver cómo un hombre tan rudo y poderoso se había convertido en un niño que parecía tenerle miedo. A Esperanza le nació ofrecerle a Don Francisco algo de comer y Francisco aceptó. Muy apenada, ella le dijo a Don Francisco que solo le podía ofrecer un taco de queso. Don Francisco muy agradecido se lo comió y para él, ese taco de queso fue el mejor que había probado. Desde ese momento, se enamoró aún más de esa bella muchacha humilde.

Esperanza y Francisco estaban tan enamorados que se casaron dentro de poco tiempo después de haberse conocido. La suerte de Esperanza, en verdad, cambió drásticamente. Ahora, los Ruvalcaba no sufrían por la pobreza. Aunque ya no eran pobres, su humildad nunca se apartó de ellos. La familia Ruvalcaba ayudó a Don Francisco a trabajar las tierras que él tenía por todo Tepechitlán, Zacatecas. También ayudaron a Francisco cuidar de su ganado y lo ordeñaban todos los días. Toda la leche que se producía era convertida en queso. Después de que recolectaban la leche, se la llevaban a Esperanza y ella la cuajaba durante tres a cuatro horas. Ya que la leche estuviera cuajada, la exprimían. Ya que la cuajada estuviera bien exprimida, Esperanza la molía y después la formaba para que pareciera una rueda de queso. El resultado después era una delicia de queso ranchero.

 No había un momento en que Esperanza estuviera haciendo queso que no se acordara del tiempo en que el queso para ella y su familia era como el mismo oro. Mientras lo formaba, las lágrimas le salían porque aún no podía creer que su suerte hubiera cambiado tan drásticamente. Ahora todas las comidas que hacía iban acompañadas de ese queso ranchero. Todos los que visitaban la residencia González Ruvalcaba, comían tacos del queso famoso que hacía Esperanza.

 Aunque Esperanza no esté en la tierra actualmente, sus diez hijos se encargaron de que un taco de queso nunca le faltara a nadie. Para sus hijos, el queso es sagrado y es una delicia que planean proteger mientras que siga habiendo familiares que sean González Ruvalcaba. Para poder continuar la tradición, los ranchos y ganado de Don Francisco fueron preservados para poder tener los recursos para poder producir el queso. Ahora cuando voy a la tierra donde el sol no descansa, donde la tierra es colorada y donde hay gran abundancia de nopales, el recuerdo de mi abuela me sigue y me da fortaleza para seguir los cuidados del rancho. Mi abuela no solo me brindó su mismo color de piel y color de ojos, sino que también me bendijo con su aura de humildad. Ahora soy yo la que dice, “Te ofrezco un taquito de queso.”